

—¡Eh! maese Toston, dijo la tia Martina; tira al albañal esas descomulgadas migas de pan de centeno, y lárgate á buscar al maestro de justicias de Medina, Cordelejo, y á maese Lagarto el pregonero de la villa; díles que dos damas les convidan á almorzar, y llévatelos fuera del pueblo al ventorro de las Peñuelas, donde estaremos nosotras, y donde almorzaremos como reyes, en paz y en gracia de Dios.

—Ya decia yo, contestó maese Toston, que la Mari Galana no dejaria azotar á su cariño asi de cualquier manera. Vayan vuestas mercedes andando hácia las Peñuelas, que maese Lagarto y maese Cordelejo estarán allí conmigo más presto que dice misa un cura loco.

Y apartando á un lado la sarten, tomó un viejísimo y grasiento sombrero gacho, se le puso, tomó un garrote de un rincon, y partió.

La vieja y la jóven salieron del domicilio del sepulturero, y luego del cementerio, y recorriendo algunas callejas, salieron al campo.

XI.

Media hora despues, en un cuartucho del ventorrillo de las Peñuelas, sentadas alrededor de una mesa en que humeaba sobre una fuente una inmensa cantidad de gigote, haciéndole guarda de honor en derredor cuatro enormes jarros vidriados llenos de vino pardillo, estaban la madre Martina, Mari Galana, maese Cordelejo, maese Toston y maese Lagarto y los servia una moza rolliza que parecia hecha de encargo para servir dignamente á

tales personajes, y entraba y salia renovando los jarros de vino, un hombre, que si no era foragido, olia á mohatrero, ladron y asesino desde una legua.

No se podia pedir junta más infamia.

Aquello era lo último de la hez social.

Solo habia allí una cosa que disonaba de todo aquello.

La espléndida y jóven hermosura de Mari Galana; su rico manto de tercianela azul celeste, que se manchaba de vino; el blanquísimo y fino pañuelo de Cambray que cubria sus hombros y su pecho, dejando ver en su cuello un delgado rosario de perlas con cruz de oro, y los ricos cintillos que adornaban las pequeñas, mórvidas y suaves manos de la niña.

Estaba tan dolorida, tan apenada la Mari Galana, que su semblante habia perdido su desvergüenza, y tenia algo de puro, y mucho de lánguido y melancólico, lo que hacia parecer más hermosa á la muchacha, que ya lo era mucho.

—Ya ves, maese Cordelejo, decia la vieja presentando al verdugo de Medina un jarro de vino, del que ella habia apurado casi la mitad, que esta perla se muere; es niña y no está acostumbrada á estas cosas, y como todavía no le han acariciado las espaldas, se le hacen un mundo los azotes, y cree que su Corchuelos, por quien ciega y desatina, se lo van á matar.

—Lo que se vá á poner el bachiller Corchuelos, dijo maese Lagarto con la boca llena de gigote, contestando por maese Cordelejo, que no podia decir palabra porque se habia aplicado á dejar seco el fondo del jarro que le

habia dado la madre Martina, es, que de resultas de los azotes se vá á poner gordo como una nútria, y va á criar bríos, porque para que un hombre llegue á endurecerse, no hay cosa como que tenga el pellejo curado y acostumbrado á los lapos.

—¡Válgame Dios! dijo suspirando la Mari Galana; pues ya daría yo un ojo de la cara porque no me le adobaran y me le curaran al pobrecito; que para ser él valiente como el que más, no necesita de aliños.

—Por no verte yo tuerta, sin uno de los soles de tu cara, rapaza, dijo el verdugo de Medina, azotaría yo á medio mundo; porque no hay cristiano que cuando yo le entrecojo á mi derecha montado en un pollino y con la espalda al aire, al primer *alza la penca y dále* no ponga el grito en el cielo, no se le rompa la hiel al segundo, y no entregue el espíritu al tercero.

—¡Jesús! ¿Pero qué es lo que estás diciendo, hombre ó demonio? exclamó Mari Galana poniéndose pálida como una muerta.

—¡Bah! chiquilla, no hagas caso, dijo maese Lagarto el pregonero; yo te digo que mi compadre maese Cordelejo es un hombre muy chancero, que le da por asustar á las gentes, pero que luego tiene la entrañas más blandas que una paloma.

—Así las tuviera blandas quien yo me sé, dijo maese Cordelejo, mirando con toda la ternura de que era capaz su torvo semblante á Mari Galana.

—Vaya hombre, quita allá, dijo la niña torciendo en un mohin de desprecio su preciosa boca; que no me ha echado á mí al mundo mi madre para que me sentara

yo un dia debajo de la horca. Vaya, quita allá; ni que mataran á sesenta Corchuelos.

Y la jóven se levantó del sitio de pino, y se apartó del verdugo con aire de tormenta y echando fuego por los ojos, y salió diciendo á la vieja:

—Vamos, alce, madre Martina, y de aquí más que á paso, y suceda lo que Dios quiera, que esto es ya más que castaño oscuro; y aunque lo siento y me va á costar la vida, si á tal precio no ha de ser, por mí que le ahorquen.

Y salió.

—Pues no dejarás tú de ser un mostrenco, dijo la vieja dirigiéndose al verdugo, si haces caso de lo que dice; ella está muy consentida, y muy llena, como que señores muy principales la tiran el oro á los piés, y no me digas que si te has enamorado que si no te has enamorado, porque lo mismo podrias enamorarte del sol y de la misma manera no podrias tocarle con la mano.

—Pues mire cómo ha de hacer, abuela; porque ó esa mujer me mira con buenos ojos, ó al tercer *kirie eleyson* la dejo vacante, y necesitada de buscar novio.

—Siempre á más de verdugo serás tú un animal, exclamó la madre Martina.

—De modo, dijo maese Lagarto, que para tratar de los azotes podiais haberos venido sola, madre, que sois un miedo de San Anton, y no haberse traído á ese pino de oro; que el que más y el que menos tiene su alma en su armario; y como mi compadre Cordelejo es sensible y tiene la sarten agarrada por el mango, no hay más que oírle con el respeto que él se merece, y no an-

darse con aspavientos ni pasos de Semana Santa.

—Vamos, madre, dijo asomando á la puerta la Galana, ¿no oye que no quiero más plática? Alzando y fuera, ó me voy yo sola; ¡mira la honrada compañía que perdemos, que huelen los malditos á muerto desde una legua!

—¿Y á qué hueles tú, princesa? dijo maese Lagarto que se tenia por mucha persona, poniéndose de pié y pálido de cólera, porque le habia picado hasta los huesos el acento indescribiblemente despreciativo con que habia pronunciado sus palabras la Galana.

XII.

Acertaron á entrar en la venta á echar un cuartillo dos cuadrilleros de á caballo, llegando á tan buen tiempo, que si no llegáran, no sabemos lo que hubiera sucedido, y al verlos la jóven, se abalanzó á ellos asustada, porque en su cólera maese Lagarto habia sacado un largo puñal é idose para ella, y les dijo:

—Ya ven, honrados cuadrilleros, lo que ese mal hombre, vil y bajo, quiere hacer con dos pobres mujeres; puñal tiene en la mano, y no se sacan los puñales para acariciar y hacer buena obra, sino para hacer cerrar el ojo sin temor de Dios á quien no quiere que sus dias sean tan breves.

—Si no hubieran venido las malas con esos bergantes, dijo uno de los bigotudos cuadrilleros, no se verian en tales aprietos. ¡Ea! Dénsese todos presos á la santa Hermandad, y pocas ó ningunas palabras, que ya tendrán

lugar de hablar con la justicia, y se verá por qué ha sido este escándalo.

Y mientras decia esto el cuadrillero, bebieron él y su pareja, cada cual su cuartillo, y sacaron cordeles y se metieron dentro del cuarto donde estaban los tres bribones.

El ventero y la moza, todos curiosos, se entraron tambien, y ver esto la Mari Galana, cerrar la puerta, echar el cerrojo, encerrándolos á todos, salir con la madre Martina que estaba fuera, quitar la brida á los caballos de los cuadrilleros, y dar á correr aldas en cinta la moza y la vieja á pesar de sus años como corzas hácia el cercano Madrigal, fué todo obra de dos minutos.

Las dos mujeres se perdieron muy pronto en la entrada del pueblo, y llegaron á su casa, recogieron en un envoltorio lo que valia algo, se fueron á una posada, y con el pretexto de que la Galana, á quien todo el mundo conocia, no queria estar en el pueblo á la hora de la tunda de su novio, pagaron á un arriero lo que quiso pedirles, y en tres machos, el arriero y ellas se pusieron á buen paso sobre el camino de Valladolid.

XIII.

Pasó el tiempo, y llegó la hora de la ejecucion.

Al bachiller Corchuelos se le iba un sudor y le venia otro, y al secretario Pedralva todo se le volvia preguntar si habian venido el pregonero y el verdugo.

Por lo demás, el asno esperaba pacientemente delan-

te de la cárcel, y los cuatro arcabuceros y los dos cuadrilleros á caballo que debian escoltar la ejecucion, estaban tambien dispuestos.

Pero el verdugo y el pregonero no parecian.

XIV.

Sepamos por qué no parecian el pregonero y el verdugo.

Era el caso, que por casualidad, la puerta que habia cerrado por una rápida inspiracion la Galana, era fuerte y ajustaba bien, y en el aposento no habia otra puerta, ni más que un estrecho ventanillo, por donde no cabia un hombre, con marco de madera y cruz de hierro.

Cuando los cuadrilleros se vieron encerrados, olvidándose por el momento de atar á los tres hombres, se volvieron; pero en vano procuraron abrir la puerta.

No habia medio posible, ni asidero por el cual, ayudados los dos cuadrilleros por el ventero, pudiesen forzar el cerrojo.

Además de esto, la puerta se cerraba de dentro á fuera.

Suprimiremos todo lo que allí se dijo, todo lo que allí se juró, votó y amenazó, porque no viene al caso, y nos reduciremos á decir, que no habiendo pasado una sola alma por el camino, nadie pudo abrirles, hasta el mediodía, en que un buhonero ambulante entró en el ventorrillo, oyó el estrépito que dentro habia, abrió la puerta, y los encerrados se encontraron libres.

En cuanto vieron luz el verdugo, el pregonero y el sepulturero, rompieron para afuera, y dieron á correr hácia Madrigal, zambulléndose el sepulturero en el cementerio, y yendo á escape á la cárcel á cumplir con su oficio el verdugo y el pregonero, llegando á tiempo que daban las doce, hora fijada para la ejecucion.

XV.

—¡Ah, galopos, que ya estais aquí! dijo el licenciado Pedralva; ministro Aironcillo, en cuanto la ejecucion se acabe, se me os venis á la cárcel con estos dos tunantes, me los meteis en un calabozo, y les mandais echar argollas, esposas y grillos. Yo os diré si así se hace esperar á la justicia en desacato y deservicio del rey nuestro señor y con molestia del vecindario, á quien se hace esperar más de lo justo á que salga el azotado. ¡Ea, aviarle pronto, que ya son las doce, y á ver si acabamos antes de las cuatro! Ya sabes tú, maestro; á cada pregon, cinco azotes bien dados, con penca útil, y con un minuto entre azote y azote, y sin entrañas blandas. Luego veremos si encontramos por ahí otro par de maestros y otro pregonero para que os sacudan á vosotros el polvo. Con que andando, que ya es tarde.

XVI.

El verdugo y el pregonero se entraron en la entrepuerta donde estaba esperando el mezquino de Corchuelos, y el maese Cordelejos que se habia enamorado de la Galana y estaba furioso por su desprecio y por lo que

por ella le sucedia, se tiró como un tigre sobre el sentenciado, y le arrancó el jubon y la camisa, dejándole desnudo de medio cuerpo arriba.

—¿Pero hombre, qué haces? dijo Corchuelos; ¿no te han untado sebo para que me trates bien y aprietes lo menos posible la mano?

—Ya verás lo que yo te unto, respondió Cordelejo echándole fuera. Oye tú, Lagarto, tráete de las tres pencas que he traído, la grande de tres costuras.

Se le subió al bachiller Corchuelos al oír esto el estómago á la garganta, le dió un bahido, y los alguaciles de la ronda del alcalde que allí estaban, tuvieron que acudir á él para que no cayese.

Agarróle el verdugo, púsole de una sola vez á horcajadas sobre el asno, le ató á la albarda por las piernas, le sujetó atrás las manos con las esposas, y á este tiempo llegó el pregonero, entregó al verdugo una formidable penca de tres suelas, y agarró el ronzal del asno.

Ya estaban delante á caballo entre la multitud que llenaba la calle los dos cuadrilleros que habian venido de Medina con el verdugo, detrás un tamborilero de la villa con la caja preparada, el licenciado Pedralva con un papel sellado y escrito en la mano, el verdugo á la izquierda del reo, que estaba más muerto que vivo, á ambos lados los seis alguaciles de la ronda del alcalde Portocarrero, y con los tres de la izquierda el alguacil Anguila, que todavía tenia el carrillo levantado, y sudaba y trasudaba poco menos que Corchuelos, y no se atrevia á mirarle, y detrás los cuatro arcabuceros de Medina y otros cuatro de Madrigal.

Se habia atrasado un cuarto de hora de la que se habia prefijado.

El gentío era grande, y las ventanas estaban llenas de gente, porque el azotado era estudiante, y tenian á los estudiantes los del pueblo, y con sobrada razon, una ojeriza mortal.

En cambio, no se veia un solo estudiante.

Los frailes agustinos para evitar tumultos los habian encerrado en el Seminario, y allí estaban que bramaban.

Porque los azotes dados al bachiller Corchuelos, alcanzaban moralmente á toda la corporacion.

Esto era deshonroso.

Todos juraban largarse de Madrigal en cuanto les diesen suelta, y no volver más á él en toda su vida.

El alcalde Portocarero no habia podido preveer hasta qué panto era trascendental su sentencia de azotes á un estudiante.

La villa de Madrigal no sabia aún cuánto debia agradecer al alcalde su sentencia.

Aquello era lo mismo que cerrar el Seminario.

Y aunque debia perderse en materia de consumos, era imponderablemente más lo que ganaban en honra y tranquilidad las familias.

Solo algunas muchachas debian quedar inconsolables por la desaparicion de los estudiantes.

XVII.

—Vamos, que ya es hora, dijo el licenciado Pedralva al tamborilero, que apenas oyó esto, arrancó de su tambor un largo reboble.

— Cuando éste terminó, se oyó la voz del pregonero, ronca, pausada, con una cadencia horrible, que repetía lo que el licenciado Pedralva le dictaba, leyendo el papel que tenía en la mano:

«Esta es la justicia... de cien azotes... que manda dar... en nombre del rey nuestro señor... en este hombre... el doctor don Luis Portocarrero... alcalde de corte... por desacato... é injuria... de palabra y obra... á un ministro de justicia... del rey nuestro señor... Quien tal hizo que tal pague... alza la penca, y dále.»

Maese Cordelejo, que era un fornido jayan de seis piés, se hizo atrás, y...

Prescindimos de lo repugnante de esta descripción.

Pero á pesar de que el maestro Cordelejo apretó los puños y los dientes, el bachiller Corchuelos hizo honor á su valentía, aguantando de una manera heroica los cinco primeros azotes.

Inmediatamente sonó el tambor batiendo marcha, y aquella horrible procesion de justicia adelantó hácia la plaza, y al llegar junto á la picota ó el rollo, en el mismo sitio donde se ponía la horca, frente por frente de la casa de Gabriel de Espinosa, paró y sonó otro largo redoble.

XVIII.

— ¡Oh! ¿Qué es eso? dijo Sayda Mirian que estaba en su aposento con Gabriel, y tenía á su hija en los brazos.

— Deben ser los azotes del estudiante de ayer, dijo con disgusto Gabriel de Espinosa.

— ¡Oh, Dios mio! dijo Sayda Mirian, poniéndose pálida.

En aquel momento, á través de las paredes, salvando la casa, entrando por la ventana que daba al huerto, se oyó un grito horrible, más que un grito un rugido inarticulado, un rugido de dolor y de agonía, al que siguió un inmenso vocerío.

— A ese infeliz ha debido sucederle algo terrible, exclamó Sayda Mirian.

Gabriel de Espinosa salió rápidamente, y volvió á poco densamente pálido y visiblemente contrariado.

— La pena de azotes se ha convertido en pena de muerte, dijo con voz ronca; el verdugo es fornido y feroz, y ha matado al reo.

— ¡Pero cómo!

— Aplicando los azotes de una manera horrible; el reo no ha podido resistir, y ha sucumbido: ha muerto.

— ¡Y no hay justicia para esto en la tierra! dijo Sayda Mirian.

— No, María, no; pero la hay en el cielo.

Sayda Mirian calló, y Gabriel de Espinosa siguió paseándose por el aposento en silencio.

XIX.

En efecto, el infame Cordelejo se habia vengado de una manera cobarde.

Habia asesinado impunemente al desgraciado Corchuelos; le habia roto con un golpe furioso la espina

dorsal, y Corchuelos había muerto en el acto, sin tener tiempo más que para exhalar su horrible grito.

El cadáver fué recogido por algunos vecinos caritativos, y el maestro Cordelejo fue llevado á la cárcel juntamente con el pregonero, lo que demuestra que no se le prendia por la muerte de Corchuelos, sino por haber llegado tarde á cumplir su horrible oficio.

CAPITULO XIII.

De la conversacion que tuvo Gabriel de Espinosa con la Mari Galana en una huerta de Valladolid.

I.

Madrigal, que habia asistido entero á la ejecucion del bachiller Corchuelos, se habia aterrado por el miserable y desastroso fin del estudiante.

Y es que la intuicion de la justicia, subordinadas las leyes á las costumbres, está en todos los corazones de los hombres que pertenecen á una civilizacion dada.

Todos comprendian perfectamente que la sentencia se habia extralimitado; que se habia convertido en una sentencia de muerte, la que solo habia sido de azotes, y comprendieron tambien el defecto fundamental de la pena.

Comprendieron que no era precisa, esto es, que no podia tenerse seguridad de la menor ó mayor gravedad de la pena, porque no puede haber justicia en una pena, porque todo consistia en que el verdugo fuese más ó menos fuerte; más ó menos feroz.